

## LA UTOPIA DEL NUEVO MUNDO EN EL PENSAMIENTO DE BARTOLOME DE LAS CASAS Y FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN

Por Javier Ordíz Vázquez

## 1. EL CONTEXTO "UTOPICO"

A Tomás Moro le cabe el honor histórico de haber acuñado el término "utopía" que, etimológicamente, designa al "no lugar", "lo que no es", bien porque su concreción sea irrealizable o porque aún no se hayan alcanzado las circunstancias objetivas para dar lugar a su nacimiento. La utopía suele ser, efectivamente, la proyección en un espacio o tiempo inexistentes de unos determinados sueños, esperanzas o planes ideales, generalmente relacionados con la búsqueda de la felicidad del ser humano. Esta definición nos da idea de la gran variedad que pueden revestir sus planteamientos, siempre en función del contexto determinado en que se fragüe. Sin embargo, sea cual fuere su naturaleza concreta, la utopía es siempre un "plan de futuro", una posibilidad de mejora de una situación dada y, como tal, una expresión de profundo descontento hacia el presente.

El siglo XVI es por antonomasia el siglo de la utopía. Las grandes comunidades ideales soñadas siglos atrás por Platón o Aristóteles van a revivir en la excitada imaginación de los europeos tras el impacto producido por el descubrimiento de América. Muchos pensadores de este lado del Atlántico proyectaban en el Nuevo Continente sus planes de renovación de una corrupta y maltrecha sociedad europea. Al propio tiempo, conquistadores y aventureros viajaban al Nuevo Mundo en busca de los grandes reinos y tesoros que poblaban las páginas de los libros de caballerías; a ellos se unieron pronto los primeros evangelizadores, que también llevaron su anhelo por crear una sociedad idílica amparada en los preceptos del cristianismo primitivo. Todo este ambiente va a influir de manera decisiva durante el primer siglo de dominación española en América, y su presencia será particularmente notable en los años iniciales del virreinato de Nueva España.

Fijándonos tan sólo en el caso de los misioneros y eclesiásticos que arribaron a las costas americanas a lo largo del siglo XVI, hallamos que en su pensamiento latían de forma clara ideales utópicos de diferente raíz, que tenían como meta última la consecución de una supuesta "sociedad ideal" que habría de construirse tras una serie de etapas y trabajos que la mayoría de estos personajes especificaban en sus escritos. El dominico Las Casas y el franciscano leonés Fray Bernardino de Sahagún son, probablemente, los máximos exponentes de los dos "planes de futuro" que con mayor insistencia circularon en esta época. El primero, defensor de la comunidad autóctona, intentó durante toda su vida mejorar las condiciones de existencia de los indígenas y organizar las pautas de una armónica sociedad mestiza. Sahagún, por su parte, fue uno de los más cualificados portavoces de la esperanza escatológica franciscana, que veía en las Indias el escenario ideal para la preparación del nuevo Reino de Cristo. Ambos planes, ambos sueños, fueron como las dos caras de una misma moneda, como dos polos similares, aunque separados, que respondieron a ese anhelo de crear un "mundo mejor" en tierras americanas. Para comprenderlos, y para poder penetrar con mayor seguridad en la obra de estos dos grandes personajes, se hace precisa una breve consideración de los fundamentos históricos e ideológicos en que ambas empresas se cimentaron.

La utopía "escatológica" o "paradisiaca" del franciscanismo americano tiene su raíces en el agi-



tado ambiente religioso que se vivió en Europa durante la Edad Media. En esa época se asiste al surgimiento de una serie de grupos o sectas que, descontentos con la excesiva "mundanización" o "institucionalización" de la Iglesia, abogaban por un retorno al cristianismo primitivo, que implicaba como premisa fundamental la renuncia a todos los bienes terrenales. Dominados por una visión apocalíptica de la Historia, estos hombres creían hallarse en el umbral del fin del mundo, en pleno reinado del Anticristo, de cuya derrota se seguiría el retorno del Hijo de Dios y la instalación de su Reino durante mil años (1). Pero este tipo de obsesión escatológica no fue dominio privativo de las mencionadas comunidades, sino que impregnó también la labor de los religiosos que por aquella época se dedicaban a la ardua tarea del comentario y la exégesis bíblica.

Para el estudioso del Medioevo y el Renacimiento, el destino humano se hallaba recogido en su totalidad en las Sagradas Escrituras, y tan sólo había que interpretar de forma correcta las "claves" simbólicas que Dios había puesto en ellas para conocer sus planes con respecto al Hombre y la Creación. En los textos sagrados se hallaban el pasado, el presente y el futuro de la Humanidad, y fue precisamente en el desciframiento de este tiempo venidero donde se produjo la aparición del pensamiento milenarista en términos básicamente idénticos a los que animaban la acción, a veces sangrienta, de las sectas heréticas. En esta línea, el exégeta que dejó una huella más profunda en la mente de sus contemporáneos y en los hombres de iglesia de los siglos siguientes, fue, sin duda alguna, el monje calabrés del siglo XII Joaquín de Fiore. Este comentarista creía ver en *La Biblia* las señales de una triple estructuración de la historia humana: en los primeros tiempos, el mundo habría estado presidido por la ley del Antiguo Testamento, y su cabeza visible habría sido Dios Padre. Tras esta etapa se habría abierto paso la "era" del Nuevo Testamento, ahora dominada por el Hijo y que aún perduraba en el presente. Pero lo que hacía más atractivo el pensamiento de Fiore y lo aproximaba considerablemente a las fantasías milenaristas, era la predicción de una tercera etapa, que él situaba en un futuro inmediato, y que habría de estar presidida por el Espíritu Santo. Se trataría de una época de paz, armonía y felicidad, surgida tras una larga noche de penalidades equivalentes al reino del Anticristo. Fiore profetizaba el fin de la Iglesia como institución y el retorno a una "Iglesia de los monjes". A esta "tercera etapa" se asociaron de inmediato las ideas de pureza evangélica y de pobreza, propugnadas por las sectas milenaristas, a las que se unió la imagen de una comunidad universal unida bajo los preceptos y la guía de la religión cristiana, lo cual exigía la propagación del Evangelio para todo el orbe.

Los fundamentos de esta utopía escatológica se van a convertir en el móvil básico que va a impulsar el funcionamiento de la orden franciscana en América. Su fundador, Francisco de Asís, era un profundo conocedor de las tesis de Fiore, que desde el primer momento impregnaron su filosofía. De este modo, surgieron como preceptos centrales del franciscanismo primitivo la observancia máxima del voto de pobreza y la necesidad de viajar para extender la Palabra de Dios entre los pueblos infieles, todo ello con la finalidad de propiciar ese nuevo paraíso cristiano. Para los frailes seráficos, el descubrimiento de América constituyó un dato esencial para certificarles que se hallaban en el buen camino. La aparición de ese vasto mundo y sus numerosos habitantes, no era para ellos algo casual, sino que se trataba de un hecho inmerso dentro de un amplio plan divino que habría de concluir con la conversación total del mundo; una tarea que, como destaca el cronista Mendieta

...no ha cesado ni cesará hasta que esté cumplido el número de los escogidos, que según la visión de San Juan ha de ser de todas las naciones, lenguas y pueblos (2).

(1) Sobre la historia de estas sectas, su ideología y sus diferentes desviaciones heréticas, ver el magnífico estudio de Norman Cohn *En pos del milenio*. Madrid, Alianza Editorial, 1983.

(2) Fray Jerónimo de Mendieta: *Historia Eclesiástica Indiana*. Madrid, BAE, 1973. Tomo I, p. 18.



Los doce primeros franciscanos que acudieron a América se consideraron auténticos elegidos, como nuevos apóstoles enviados por Dios para allanar el camino del Reino de Cristo. Esta conciencia de estar desarrollando una labor de tal magnitud y las prisas por conseguir su culminación total, explican algunos aspectos de su labor misionera, como la ejecución de bautizos masivos, más tarde criticados por Las Casas e incluso por el propio Sahagún, o los proyectos educativos de la Orden, que establecían una estricta separación de etnias para evitar la "contaminación" del español, genuino representante de la maldad de la sociedad occidental. Estos frailes también se entregaron con gran dedicación al estudio de la cultura autóctona de los pueblos aborígenes con el fin de operar sobre una base más firme en el proceso evangelizador. Estos trabajos, realizados en su gran mayoría sobre el terreno, constituyen hoy en día unos testimonios valiosísimos que rayan en ocasiones a la altura de las mejores investigaciones antropológicas de la actualidad. Fray Bernardino de Sahagún ocupa un lugar de primer orden en la ejecución y propagación de los ideales de la Orden que, como se verá más adelante, presidieron y condicionaron totalmente su labor.

Al lado de esta utopía "paradisiaca" se alza la que podríamos calificar como utopía "social" o "política" que, a diferencia de la anterior, puede ser totalmente laica, y cuyos objetivos se centran en el establecimiento de unas pautas que sirvan de fundamento a una sociedad o comunidad idealmente perfecta. La obra fundamental en este campo en el siglo XVI es, sin duda alguna, la *Utopía* de Tomás Moro. El autor inglés la escribió abrumado por los acontecimientos de su época (reforma de Enrique VIII, aumento del fanatismo en Europa, guerras, catástrofes), en los que hallaba los signos de un declive de la sociedad europea que era necesario superar con nuevos planteamientos. La imaginación de Moro se excita con las noticias que le llegan de América, y queda particularmente impactado con los tonos idílicos con que Américo Vespucio describe a los indios y su organización social. De esta forma, localiza precisamente en estas nuevas tierras el lugar concreto de esa comunidad soñada, que funciona como contrapunto a la decadencia de la vieja Europa. No por casualidad Rafael Hitlodeo, el personaje que refiere sus experiencias en la isla de Utopía, es un antiguo acompañante de los viajes y expediciones de Vespucio. El contenido del relato de Hitlodeo es sobradamente conocido: el viajero describe las costumbres y la admirable organización social de una comunidad que vive básicamente del trabajo agrícola, regulado equitativamente entre sus miembros, y en la que no existe propiedad privada. Se trata de un planteamiento que supone una visión fuertemente crítica del mundo europeo del XVI, plagado de "parásitos sociales" —entre los que incluye a reyes, príncipes y sacerdotes— que viven de la explotación de los demás. Frente a esta realidad del occidente civilizado, en Utopía reina la solidaridad, el desinterés por los bienes materiales y el principio de libertad religiosa.

El influjo del pensamiento de Moro fue muy notable en varios viajeros que llegaron al Nuevo Mundo. El Obispo Zumárraga o Vasco de Quiroga, intentaron en este lugar la creación de una sociedad concreta basada en los principios del humanismo cristiano. Sin embargo, quizá ninguna otra figura como la del padre Las Casas luchó tanto durante toda su vida para dar cuerpo a una organización social cuyos planteamientos teóricos evidencian una clara impregnación de los postulados del autor inglés.

Las dos vertientes de pensamiento utópico hasta aquí comentadas, tienen, a pesar de sus diferencias reseñadas, numerosos puntos de coincidencia que a veces impiden un claro deslinde entre ellas. Ambos proyectos nacen y se reafirman ante la necesidad acuciante de dar una respuesta o encontrar una salida a un presente insatisfactorio. Es también común su habitual rechazo del hombre "civilizado", cuya figura aparece confrontada con la del aborigen, que vive en una inocencia casi infantil e "incontaminado" por los males de la sociedad del progreso y el desarrollo. Se trata del manido estereotipo del "buen salvaje", lanzado a los cuatro vientos por los primeros cronistas americanos, y



que se convirtió a la postre en una de las bases sobre las que se cimentaron los rencores antihispanistas y la "leyenda negra" de la conquista. En esta "idílica" existencia del indígena americano ambas utopías encontraban el principal germen para el establecimiento de la sociedad perfecta o del reino de Cristo. Asimismo, los mentores de estos proyectos eran conscientes del gran esfuerzo humano que su realización requería. Particularmente notorio es el caso de los franciscanos, para quienes, en contra de lo que se podría pensar, el advenimiento del milenio era una tarea esencialmente humana y no un suceso más o menos repentino o inadvertido que debía acaecer por la mera y exclusiva voluntad de Dios (3).

Insatisfacción con el presente, deseos de cambio, valoración exageradamente positiva de la comunidad indígena (en lo que alguien ha llamado "rousseauismo avant la lettre") y lucha por conseguir un mundo mejor, son los factores que confluirán en las dos formas principales que el ideal utópico va a registrar en América. Dos de sus más señalados valedores, cada uno en una dimensión distinta, serán Bartolomé de las Casas y Fray Bernardino de Sahagún.

## 2. EL PADRE LAS CASAS Y SU UTOPIA "SOCIAL"

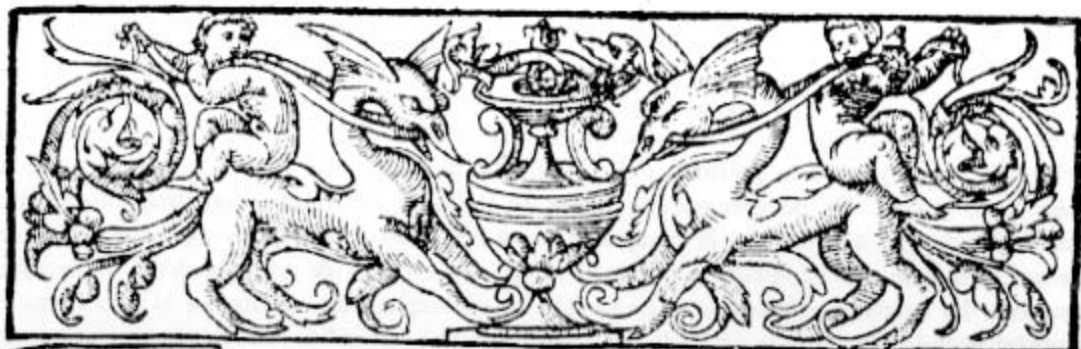
La valoración de la vida y la obra del dominico Fray Bartolomé de las Casas ha originado uno de los más encendidos debates en la historia del pensamiento hispanoamericano. Ensalzado por todos aquellos —independentistas o potencias enemigas— que en diferentes avatares históricos se han enfrentado a España, y denostado hasta el insulto por los defensores a ultranza de la labor española en las Indias, Las Casas se erige aún como una suerte de asignatura pendiente en las relaciones entre ambos lados del Atlántico. No es para menos si tenemos en cuenta que la labor literaria del dominico supone una de las más acaloradas denuncias, efectuadas sobre el terreno, de un proceso de colonización; una sarta de duras acusaciones, en las que no se duda en acudir al detalle morboso para "mover" al lector a la piedad hacia los indios y provocar la condena hacia los españoles.

Lejos ya de esa manía persecutoria o de ese temperamento paranoico y enfermizo que Menéndez Pidal diagnosticara como motores de la actividad lascasiana, estudios actuales más profundos y desapasionados, como del de Marcel Bataillon y José María Maravall, han incidido en la raíz ideológica originaria que, por encima de palabras, apariencias y golpes de efecto más o menos buscados, late bajo el entramado de la intensa labor literaria y personal desplegada por Las Casas a lo largo de su vida (4). Se señala unánimemente como punto fundamental de su biografía la experiencia que adquirió como encomendero en Cuba, lugar donde fue testigo de excepción de las tropelías cometidas por los colonos en las carnes de los naturales. Esto creó en la mente del entonces joven Bartolomé una profunda crisis que le impulsó a abandonar su encomienda, liberar a sus esclavos, y le decidió a dedicar toda su vida a difundir la noticia de esos crímenes e intentar reconducir el proceso colonizador

---

(3) De esta forma justifico la aplicación del término "utopía" a las ideas milenaristas franciscanas, frente a la opinión tradicional, que defiende una separación total entre ambos aspectos. José Julián Llorente establece este deslinde en los siguientes términos: "milenarismo significa consumación de la creación, para el milenarista el acto decisivo viene de arriba (...) Utopía significa desenvolvimiento de las posibilidades que encierra la convivencia humana, aquí todo está sometido a la voluntad consciente del hombre" (VVAA; *Lo utópico y la utopía*. Barcelona, Integral, 1974, p. 17). En el caso del particular milenarismo franciscano, vemos que las fronteras entre el "acto divino" y el "acto humano" son inexistentes; los frailes seráficos no se mantienen inactivos en espera de la anunciada parusía, sino que ponen "manos a la obra" para, por medio de su "voluntad consciente", cumplir los plazos marcados por el plan divino, que habría finalmente de conducir al estado ideal. Las diferencias, por lo tanto, afectan a matices "de superficie" pero no a la esencia profunda de los planteamientos.

(4) Bataillon, Marcel; *Estudios sobre Bartolomé de las Casas*. Barcelona, Península, 1976. Maravall, José Antonio; "Utopía y primitivismo en el pensamiento de Las Casas". *Revista de Occidente* (Madrid), vol. 2, 1974, pp. 311-388.



**B**reuíssima rela  
ción de la destrucción de las In-  
dias: colegida por el Obispo dō  
fray Bartolome de las Casas / o  
Casas de la orden de Sãcto Do-  
mingo.

Año. 1552.





en el Nuevo Mundo. Su presupuesto de base, el considerar a los indígenas como "hijos de Dios" y tan "personas" como los españoles, chocó frontalmente con la opinión de los eruditos aristotélicos que, con la aquiescencia interesada de conquistadores y encomenderos, pretendían justificar la necesidad de someter y esclavizar a la que consideraban raza inferior. Esta diversidad de pareceres llegó a su "climax" con la ya famosa polémica que enfrentó al dominico con Juan Ginés de Sepúlveda en los años 1550 y 1551. En las opiniones de ambos se traslucen dos formas completamente diferentes y encontradas de ver la conquista, la evangelización, y hasta dos concepciones diametralmente opuestas de ver el mundo y la condición humana. Al margen de este sonado enfrentamiento, el pensamiento lascasiano ha quedado abundantemente recogido en su amplia obra escrita, en la que destacan la *Apologética histórica*, la *Historia de las Indias*, y su texto más difundido: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, finalizado en el año 1542.

En los escritos de Las Casas se percibe un continuo afán por denunciar la labor española en América que, a su juicio, se había viciado por la irrupción de todos los males y defectos que caracterizaban a la sociedad occidental. Este es el origen del habitual planteamiento maniqueo que establece entre el feliz habitante del Nuevo Mundo y los colonos occidentales, quienes habían "entrado a saco" en la pureza y bondad de los aborígenes, revestidos siempre con el aura del "buen salvaje". La carga fuertemente utópica del pensamiento lascasiano se manifiesta también en sus planes de futuro, cuya naturaleza y fin concretos han sido fuente de discusión entre los comentaristas del dominico. Así, mientras que Marcel Bataillon entronca estos proyectos con los fines trascendentes de la utopía milenarista, Maravall considera que las ideas del religioso eran mucho más "racionales" y "secularizadas" que las del providencialismo franciscano, puesto que iban encaminadas a lograr, principalmente, una mejora de las condiciones "terrenas" de vida de los indígenas y al establecimiento de una comunidad armónica y feliz en las Indias. Como se deduce del epígrafe que encabeza este apartado, me encuentro personalmente mucho más cerca de la opinión de Maravall que de la de Bataillon. Es innegable que en algunos párrafos de sus numerosos escritos, Las Casas parece imbuido de un extraño sentimiento religioso que le hace hablar en nombre de Dios o lanzar duras premoniciones de castigos divinos para el viciado Occidente. Sin embargo, lo que realmente subyace en la gran mayoría de su obra es la propuesta de un modelo concreto de sociedad. En este sentido, el propio Bataillon ha puesto de relieve la notable influencia que ejerció la *Utopía* de Moro en la configuración de los planes lascasianos, sobre todo en aquellos lanzados en los primeros años de su actividad. Esta circunstancia es patente en el esbozo de comunidad agrícola que defendía para las Islas: una sociedad de tipo rural formada por indios y por campesinos españoles. Como él mismo señala en su *Historia de las Indias*, la "buena gobernación" del territorio pasaba por

enviar verdaderos pobladores, conviene a saber, gente labradora, que viviese de cultivar tierras tan felices como éstas, las cuales de su propia voluntad concedieran los mismos naturales pobladores y dueños dellas, quieran los indios, y los unos se casaran con los otros y de ambas se hiciera una de las mejores repúblicas y quizá más cristiana y pacífica del mundo (5).

Como es sabido, la sociedad utopiana era esencialmente agrícola, y se nutría de grupos de personas dirigidas por un padre y una madre de familia. Fray Bartolomé propone una organización similar, compuesta por una familia de españoles y seis indias, presidida por un "padre de familia" español, en término que también parece recoger del maestro inglés. Se trata de un plan que estuvo a

(5) Las Casas, Fray Bartolomé: *Historia de las Indias*. México, FCE, 1965. Tomo III, p. 179.

punto de llevar a la práctica, aunque acabó desistiendo de él por razones que hoy día se nos escapan. Este ideal de la vida en rusticidad se repitió varias veces a lo largo de la dilatada obra del dominico, si bien alternó con algunos otros, como el de la factoría-fortaleza. Como señala nuevamente Maravall, en esa sociedad soñada por Las Casas las propiedades serían comunes y, a imagen y semejanza de Utopía, el trabajo se repartiría de forma equitativa (6).

Fray Bartolomé propone, por tanto, la consecución de una utopía cuyos parámetros coinciden básicamente con las ideas de los grandes pensadores europeos del Renacimiento. Se trata de una sociedad ideal, destinada a mejorar unas formas de vida determinadas y concretas, y cuyo logro se muestra como una empresa ajena a planes divinos o trascendentes para afincarse definitivamente en lo humano. Una de las grandes razones que, a mi juicio, prueban este desmarque del dominico de los planteamientos visionarios de los franciscanos es precisamente el sorprendente y anacrónico relativismo con que contempló y analizó la cultura y la religión de los indígenas. Nuestro escritor no solamente adoptó una actitud comprensiva hacia las guerras que éstos habían iniciado contra el español malvado y opresor, sino que incluso, en su polémica con Sepúlveda, llegó a justificar la práctica más denostada y execrable de los antiguos rituales: los sacrificios humanos. En palabras del dominico:

No fácilmente se les puede probar ser contra ley natural ofrecer a Dios verdadero (o falso, si es tenido y estimado por verdadero) en sacrificio, víctimas humanas; antes, por buenas y probables y casi invencibles razones se puede persuadir de lo contrario (...). Y no hubo nación en el mundo, o muy pocas menos de todas (...) que no usase ofrecer a los dioses sacrificios de víctimas humanas, inducidas por la razón natural. Porque a Dios eso y más se le debe por todos los hombres, y aunque estudie el doctor algunos más días de propósito de los que ha estudiado, no hará evidencia que sacrificar hombres a Dios verdadero (o falso, si es por verdadero estimado) sea contra ley natural (7).

Su razonamiento prosigue con los paralelismos que establece entre estos rituales y ciertas prácticas similares recogidas en la Historia Sagrada del cristianismo.

Y si no consintió (Dios) que Abraham el hijo al cabo sacrificase, fue no porque no se le debiere, sino por su infinita bondad y por su compasión de Isaac, y aún porque tenía determinado de tomar dél su carne (8).

Pero la argumentación del dominico llega a su grado extremo cuando menciona la *necesidad* y la *obligación* que tienen los indígenas de defender a sus dioses y a su religión hasta la muerte:

...son obligados a defender su Dios o sus dioses que tienen por verdadero Dios, y su religión, como nosotros los cristianos lo somos a defender el nuestro verdadero Dios y la cristiana religión, y si no lo hacen que pecan mortalmente, como nosotros pecaríamos si no lo hiciésemos ocurriendo caso de necesidad (9).

Las Casas ve al Nuevo Mundo con unos ojos diferentes a los de sus contemporáneos, y sus opiniones —quizás en ocasiones bordeando la herejía— se alejan netamente del proyecto de construcción del milenio. Sus planes incluyen, evidentemente, la conversión al cristianismo de los naturales,

(6) Maravall; *ob. cit.*, p. 379.

(7) Las Casas, Fray Bartolomé: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. En Alcina Franch, José (ed.) *Obra indigenista*. Madrid, Alianza Editorial, 1975, pp. 249-250.

(8) *Ibid.*, p. 256

(9) *Ibid.*, p. 253.



pero en ningún caso hallamos en su obra ni la interpretación "trascendente" de la historia del Descubrimiento, ni alusión alguna a la evangelización total del mundo. Su idea consiste en la consecución pacífica de una sociedad perfecta donde españoles e indios puedan vivir en común mestizaje y solidaridad, presididos por la Ley de Cristo. La violencia y la destrucción, no acarrearán más que males imprevisibles y, por supuesto, como opinaban los utopianos del reino de Moro, sería ilógico pensar en la implantación de una religión y en la realización de un mundo feliz por medio de la fuerza, el odio y la coacción.

Las Casas aparece pues como el principal abanderado de un proyecto determinado en el Nuevo Mundo, del que otros religiosos serán partícipes; una ilusión de futuro que tiene muchos puntos de contacto con los planes de los franciscanos, aunque éstos, como ya se ha comentado reiteradamente, partan de una base y conciban un fin diferentes. El comentario de la obra del franciscano Fray Bernardino de Sahagún nos permitirá entrar con algo más de detenimiento en los resortes de esta gran maquinaria puesta en funcionamiento por la orden seráfica para la construcción del milenio.

### 3. LA UTOPIA "ESCATOLOGICA" DE FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN

Prácticamente nada sabemos de la vida del fraile leonés con anterioridad a su llegada a México en 1529. Se supone que su existencia debió de girar en torno al monasterio sahanagunés sin que realmente hubiera existido nada en la misma que la hubiera hecho digna de mención en documentos o crónicas de la época. Sus escritos revelarán más tarde que Fray Bernardino de Sahagún fue un apasionado lector de todas aquellas noticias que llegaban del Nuevo Mundo. Probablemente su pensamiento quedó vivamente impresionado con las imágenes idílicas que registraban algunos cronistas, y con la rápida y completa obra de evangelización que misioneros como Motolinía daban como realizada en Nueva España. Todo parecía, efectivamente, estar preparado para el gran momento final de la Historia; la labor franciscana en México suponía un paso clave en la transmisión universal del Evangelio, y la construcción del Reino de Cristo estaba al alcance de la mano. Sahagún no debió de resistir la tentación de colaborar en la consecución de estos planes trascendentes y, con su equipaje cargado de sueños alimentados por el optimismo inicial de su Orden, desembarcó en las costas americanas rayando ya los treinta años de edad.

Se podría afirmar que la actividad humana y literaria de Fray Bernardino es fruto de una profunda decepción. Efectivamente, a poco de su llegada, el fraile verifica sobre el terreno la falsedad de muchas de las informaciones recibidas en España. No hacía falta ser demasiado observador para darse cuenta de que los indígenas no sólo no habían abandonado aún sus antiguos ritos y creencias, sino que incluso los practicaban ante los propios ojos de los misioneros, enmascarados bajo la apariencia de ceremonias cristianas. Sahagún toma entonces consciencia del fracaso real de la labor de la Orden y se propone enmendarlo. Comienzan así sus críticas hacia determinadas prácticas misioneras a su parecer poco rigurosas, como los bautizos en masa que con tanto ardor había defendido Motolinía, y se va cimentando su convicción en la necesidad de lograr un exhaustivo conocimiento, a todos los niveles, de la comunidad humana sobre la que había que operar. Este va a ser el objetivo principal de su magna obra *Historia general de las cosas de Nueva España*, elaborada entre 1548 y 1582, que va a contar con un proceso de confección rigurosamente científico. Sahagún prefiere realizar su propio trabajo de campo antes de fiarse de lo escrito hasta entonces, y para certificar sin som-

(10) *Ibid.*, p. 251.



bra de duda la veracidad de los materiales que maneja, pone en funcionamiento su sistema de "informantes", grupo de personas seleccionadas, conocedores y testigos directos de la antigua cultura, que ponían al fraile al corriente de las distintas materias y contenidos de que ésta se componía. Pero Sahagún no se limitaba a recoger y transmitir lo que en primera instancia le contaban sus fuentes: la información obtenida en un primer momento era contrastada con la de otras personas y grupos hasta que, tras una larga y agotadora labor de comparación, no cabía duda de su autenticidad. Como han señalado de forma unánime sus comentaristas, Fray Bernardino se adelanta con este procedimiento a las técnicas de la moderna investigación antropológica.

La actitud duramente crítica del fraile leonés hacia sus predecesores en América, le creó una serie de enemistades y rencores que le persiguieron durante toda su vida y se cruzaron siempre en el camino de las iniciativas que intentó poner en marcha. Tal fue el caso de los planes educativos que el franciscano ideó para la comunidad indígena y que puso en práctica durante su estancia en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Su actividad chocó contra la postura de aquellos que opinaban que la educación de los aborígenes podía resultar negativa, y pensaban que sólo en la ignorancia era posible la conversión. Estas mismas voces se alzaron contra la tarea de recopilación de materiales de la antigua cultura que, se decía, deberían ser olvidados y sepultados para siempre. Pero, al margen de las diatribas con sus propios compañeros de congregación, una de las polémicas más importantes, por la significación que encierra, en las que intervino el franciscano junto con otros frailes encabezados por el Padre Provincial, fue la que podría calificarse de "campana" contra el comisario Fray Alonso Ponce, que aparece recogida en todas sus dimensiones en el estudio de Florencio Vicente Castro y J. Luis Rodríguez Molinero dedicaron al fraile leonés (11). Los sucesos, acaecidos ya en la vejez de nuestro escritor, se originaron tras el intento del mencionado comisario de implantar en Nueva España una organización eclesiástica jerarquizada y estable, de acuerdo con el modelo de la Metrópoli. La furibunda reacción de la orden seráfica no se hizo esperar, y la violencia de la misma se sustentó en el entorpecimiento que tal circunstancia suponía en los planes trascendentes que requerían la abolición de la Iglesia temporal. Los franciscanos enviaron numerosas cartas al Rey y al Consejo de Indias atacando duramente a Ponce, de quien llegaron a decir que actuaba "llevado de la mano de Satanás". El suceso esclarece sin sombra de duda el cariz milenarista de la Orden, que se manifiesta también en la obra de Sahagún.

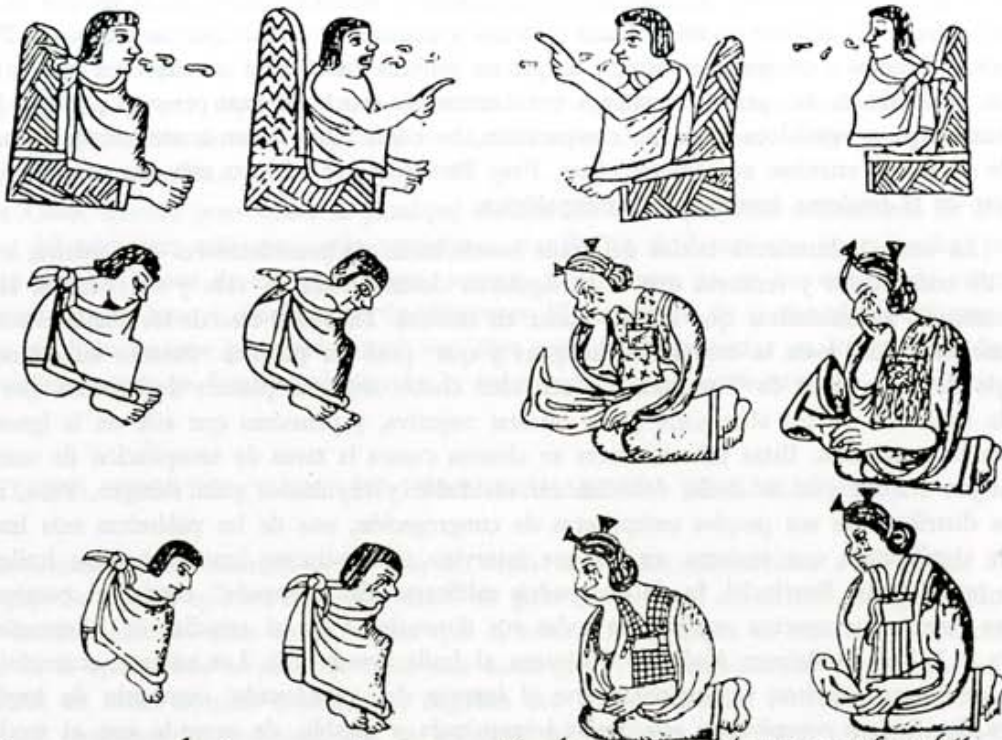
La *Historia general* de Fray Bernardino se compone de un total de doce libros, cada uno de los cuales se dedica a referir un aspecto concreto de la antigua cultura de los mexicanos. Se hace así un repaso de su historia, sus mitos y leyendas, sus prácticas religiosas, oficios, educación y organización social, que en su conjunto supone un mosaico muy completo del sistema de vida de la vieja sociedad. El móvil primario que impulsa a Sahagún a elaborar este estudio, aparece explícitamente declarado al comienzo del mismo: el autor pretende ejercer como "médico" del alma y transmitir una serie de conocimientos obtenidos por sus investigaciones para que "los predicadores y confesores (...) tengan experiencia de las medicinas y de las enfermedades espirituales" (12). Está proponiendo, por lo tanto, un nuevo enfoque del proceso evangelizador llevado hasta entonces, y prueba de ello son las críticas, en principio veladas, que dirige contra los primeros franciscanos; frente al optimismo que éstos manifestaban en sus crónicas, el fraile advierte que "los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones y ceremonias idolátricas, no son aún perdi-

---

(11) Castro, Florencio Vicente y J. Luis Rodríguez Molinero; *Bernardino de Sahagún, primer antropólogo en Nueva España*. Universidad de Salamanca, 1981.

(12) Sahagún, Fray Bernardino; *Historia general de las cosas de Nueva España*. México, Porrúa, 1975, p. 17.





Jnk xv parrapho ipxai mfoxi imcteno  
 notaya, fecentecay mudillaast muce  
 flaliaya incivall ynoquidstli.

Jscatqui mtonoa mtecutlatoque in mde  
 nera impetlapan micpalpa ixatia imc  
 mullaliaya ymcquincentfaliaya yna  
 cevalli y yemuchi imcquincentfaya  
 incivall, imllamatlacast imispudstli non  
 quia vnoe incivall: noqua vnoe yno  
 quidstli, y yexquich mtecutstli impilly  
 ynachcauhstli mtequiltato mtecpudstly  
 y upillapalivi: mtequivaque, mtecpudstla  
 foque: ocayvimi, ynnctecoya in mote:  
 nera imc tecutlatoloya: centacol yvnoe  
 ynoquidstli centacol ye vnoe incivall.  
 Auh monctecce nemaustillo, flastvllivi  
 mtecm emloy mtecm cacoy, momaustia  
 mtecutstli mteaxco quinnteca ynao ylla  
 oytlaauh y mtecuttequish, aocce tecu

flacolojque: canoiuhqui ynachcauhstli  
 momaustia, ynaco ylla oytlaauh  
 y mtecuttequish aco quahontecoy,  
 aco ynca flatoloj. canoiuhqui mtequii  
 vaque momaustia ynaco ylla oytla  
 cauh, y mtequivaacatquish aco yvax  
 yntley oquiltacoque, aco ynca flatoloj  
 aco yxquahontecoyque, ypampa mte  
 ca nemaustillo: canoiuhqui mtecpud  
 stlatoque momaustia aco ylla oytla  
 auh y mtecpudstlatocatequish, cano  
 yuhqui, mtequiltato momaustia,  
 anoylla oytlaauh y mtequiltatoca  
 tequish ynaco ycan flatoloj, cano  
 yuhqui ynpilli cenca momaustia,  
 ynaco yehoastli ynca flatoloj, ynaca  
 como quidiva ympiltquish. Auh  
 ypampa cenca momaustia yntla  
 yxco quinntecaya yntenoja, y m  
 piltequish: yntecenquixta yehoastli  
 yntaltepeachcacauhstli, ocayuhqui ni,

Reproducción facsimilar de un folio del "Códice Matritense", de Fray Bernardino de Sahagún.



dos del todo" (13). Una idea ésta en la que va a insistir a lo largo del texto, y que va a tratar de demostrar con casos concretos que pondrán en evidencia que, tras una conversión puramente "cosmética", sigue vivo el antiguo espíritu de la cosmología autóctona.

Sin embargo, más allá de este móvil "declarado" de la obra mencionada, encontramos la razón última que planea sobre el pensamiento de Fray Bernardino, y que no es otra que la conversión total de los indios como paso fundamental para la creación de ese reino de Cristo en la tierra. El proyecto utópico de Sahagún se trasluce en varios momentos de su *Historia* y, según la tónica habitual en este tipo de planteamientos, nunca llega a concretizarse, como ocurría en el caso de Las Casas, en la proposición directa de un modelo determinado de sociedad.

Ya desde el mismo prólogo inicial, el autor desarrolla un tema clásico del pensamiento utópico, como es la oposición entre el "Viejo Mundo", caduco y viciado, y la esperanza de futuro que suponen las nuevas tierras:

Cierto, parece que en estos nuevos tiempos, y en esta tierra y con esta gente, ha querido Nuestro Señor Dios restituir a la Iglesia lo que el demonio la ha robado (en) Inglaterra, Alemania y Francia, en Asia y Palestina, de lo cual quedamos muy obligados de dar gracias a Nuestro Señor y trabajar fielmente en esta su Nueva España (14).

Se trata del habitual contraste entre un espacio (Europa) donde ya no son posibles transformaciones significativas, y un lugar nuevo donde se puede dar forma a los sueños incumplidos del otro lado del Atlántico. También en este comentario se trasluce ese trasfondo "providencialista" que ve en el descubrimiento de América una "compensación" divina para contrarrestar el avance del demonio en el mundo.

A medida que vamos avanzando en la lectura de la obra, van surgiendo ante nuestros ojos episodios y comentarios que ponen al descubierto las inquietudes íntimas de Fray Bernardino. El ejemplo más claro lo tenemos en el prólogo del libro doce, que supone una de las más completas interpretaciones del "plan divino" en que creían fielmente los franciscanos. El fraile leonés sostiene que Dios tiene en su mente una "divina ordenación ab aeterno señalada, fijada y determinada"; en los primeros esbozos de este proceso ocupa un puesto de especial protagonismo "el valentísimo capitán D. Hernán Cortés", auténtico enviado divino para la dominación de estas tierras, como lo prueban los múltiples milagros que obró el Señor para que los españoles consiguiesen su propósito (15). El segundo acto del plan, y la parte más importante del mismo, incluía la llegada de los misioneros para proceder a la conversión de esa numerosa masa de población que Dios "ha tenido ocultada (...) hasta nuestros tiempos" y que ahora por su voluntad ha sido mostrada al mundo. Tras estos comentarios aflora de forma evidente una visión "fioriana" de la historia de la Conquista; Dios, al poner al descubierto un nuevo mundo hasta entonces desconocido, estaba ofreciendo una pista para dar a entender que comenzaba la preparación del "tercer tiempo" que, como se ha comentado, exigía como requisito previo la predicación del Evangelio por todo el orbe. Sahagún, incluso, sueña con llegar a China tras la conversión de América, como punto final del mencionado proceso:

Como la Iglesia entre en aquellos Reinos, y se plante en ellos la Fe Católica, creo durará por muchos años en aquella mansión, porque por las Islas, y por esta Nueva España, y

(13) *Ibid.*, p. 17.

(14) *Ibid.*, p. 20.

(15) *Ibid.*, pp. 720-721.



el Perú no ha hecho más de pasar de camino, y aún hacer camino para poder conversar con aquellas gentes de las partes de la China (16).

El "nuevo Moisés" que, según la tradición profética, abriría el camino del milenio, era el propio Cortés, auténtico mensajero de la divinidad.

Las diferentes relaciones que el autor establece a lo largo de su obra entre los dioses y mitos clásicos y los nahuas, son también, a mi juicio, un dato revelador de su pensamiento: Fray Bernardino pretendió hacer frente a aquellas opiniones que ponían en entredicho la "humanidad" de los indígenas y destacaban su estado de salvajismo, para demostrar que entre ellos existía un grado de desarrollo equiparable en muchos casos al de los antiguos griegos y romanos. Se trata de uno más entre los múltiples paralelismos que establecieron los cronistas misioneros entre sucesos y aspectos culturales del viejo y del nuevo mundo. Las sorprendentes similitudes que hallaron, fueron, en su concepción, una "clave" más que Dios les ofrecía, y que les permitía pensar en una evolución similar a la ya acaecida en el pasado; una especie de "repetición" de la Historia. Sahagún soñaba en este sentido con una conversión parecida a la sucedida en la antigua Roma: una nueva derrota del paganismo y la idolatría. En este contexto se pueden explicar las conexiones de la *Historia general* con *La Ciudad de Dios* de San Agustín, obra dedicada en buena parte a glosar los mitos y rituales paganos con el fin de certificar y justificar la posterior implantación de la fe cristiana. Fray Bernardino confiaba precisamente en que el conocimiento de estas prácticas sirviera para erradicarlas y de esta forma contribuir al nacimiento de un mundo regido por las pautas del cristianismo primitivo.

El ideario de Sahagún, revelado en su vida y en sus textos, evidencia como en pocos casos el trasunto de la utopía escatológica o milenarista. El proyecto es el mismo que condujo originariamente a sus compañeros de Orden al Nuevo Mundo, pero Fray Bernardino, con su tardía llegada, cuenta ya con la suficiente perspectiva como para extraer unas conclusiones iniciales y tratar de reconducir el proceso.

En la historia del pensamiento franciscano en Nueva España, el entusiasmo inicial de un Motolinía se va a traducir, con el tiempo, en la prudencia de un Sahagún y, ya con el siglo acabado, en el pesimismo de un Mendieta, el último cronista del sueño franciscano, que certifica, con una visión nostálgica del pasado, la imposibilidad del proyecto trascendente de la Orden, y, por extensión, decreta el acta de defunción de los primeros planes utópicos ideados en territorio americano.

---

(16) *Ibid.*, p. 708.